

La universidad y las humanidades: un compromiso complejo

PATRICIA ILSE RICARDO CALZADILLA *

Es necesario que en América Latina se formen más ingenieros, médicos, científicos, tecnólogos y no tantos sociólogos, economistas, historiadores y filósofos. Esta idea tiene bastante acogida en algunos espacios. Intelectuales, funcionarios, así como políticas de Estado hacen eco de esta perspectiva como horizonte salvador de las distintas sociedades del continente. Incuestionablemente, los profesionales de las ciencias exactas son necesarios para el progreso, el bienestar y el aseguramiento de la vida en el planeta; pero ¿qué pasa con la otra parte de la balanza, esa en la cual se ubican los convencidos de estudiar las disciplinas de las ciencias sociales, aquellos que desde distintas perspectivas se cuestionan sobre el ayer, el hoy y el mañana? En la actualidad las temáticas propias de las humanidades se ven relegadas, y se desestiman esas materias que deben formar de manera íntegra al ser humano para hacerlo pensar sobre su condición: la humana.

* Investigadora del proyecto “La enseñanza de las humanidades en diálogo interdisciplinar desde un contexto para la paz. Fase 1” y profesora de tiempo completo del área de humanidades de la Facultad de Ciencias y Tecnologías, de la División de Educación Abierta y a Distancia de la Universidad Santo Tomás.

Por tanto, sería edificante contar con una sociedad en la que se pudieran encontrar ingenieros-músicos, historiadores-biólogos, médicos-filósofos o periodistas-informáticos. De seguro, en su actuar como profesionales habría un reconocimiento más comprensivo del otro, una sensibilidad especial ante los acontecimientos del mundo circundante y, por tanto, el trabajo devendría en realización humana y no en mercancía. Esta sensibilidad demanda tiempo, una educación en valores, en gustos estéticos y en la identificación del ser en su contexto.

En relación con ello, Armando Poratti, en su texto *Teoría y práctica políticas en Platón* (2006), comenta que para el filósofo griego:

la música en la educación, en el teatro, en la guerra misma permeaba el *ethos* político griego, es el núcleo de la educación porque impresiona al alma y la hace sensible a la belleza estético-moral mediante un vínculo previo a la razón, que luego será reconocido por esta. (p. 58)

Otra perspectiva, esta un poco más práctica, es la de valorar los saberes humanísticos como herramientas que les permiten a los profesionales ser mejores líderes, cualquiera que sea su campo del saber, pues si se cuenta con un cuerpo argumentativo y comunicativo robusto, ello permitirá convencer y, por tanto, hacer de las ideas catalizadores de cambios.

Las valoraciones presentadas deben ser horizontes a tener en cuenta por las universidades, casas de altos estudios que preparan al ser humano para una nueva etapa de su vida: la de ser profesionales, esa “mayoría de edad” en la que se espera que los hombres y mujeres sean conscientes de sí mismos y de su realidad.

En relación con ello José Martí (1883), en una síntesis magistral da respuesta a la pregunta de para qué se educa:

Educar es depositar en cada hombre toda la obra humana que le ha antecedido: es hacer a cada hombre resumen del mundo viviente, hasta el día en que vive: es ponerlo al nivel de su tiempo, para que flote sobre él, y no dejarlo debajo de su tiempo, con lo que no podrá salir a flote; es preparar al hombre para la vida. (p. 281)

Hoy, en un escenario marcado por la inmediatez de los cambios y el reconocimiento abrumador de la acumulación como valor social, es un reto para las universidades demostrar por qué son importantes las humanidades. Deben convencer a la sociedad, al Estado, a los estudiantes y en muchas ocasiones a ellas mismas. Pero, entre todos estos actores, lo más importante será fascinar a los estudiantes con esos temas que les permitirán soñar con un mundo mejor. Finalmente son ellos los herederos de una realidad en constante necesidad de transformación, en sus manos está que sea para bien o para mal.

A primera vista podría parecer que las instancias que tienen poder en la sociedad no aprecian en la actualidad la importancia de las humanidades. Ello es una falacia, en todos los tiempos, quienes han ejercido el poder han reconocido que el conocimiento de la historia, de la política, de la literatura, de la filosofía, así como de los demás saberes propios de las humanidades, son eficaces armas ideológicas para dominar o sublevarse contra el dominio (esta segunda posibilidad siempre ha sido tenida en cuenta por los grupos de poder). Los saberes humanísticos permiten interpelar y analizar críticamente la vida social, económica y política de un país.

Por ello las humanidades son dosificadas, para lo cual es evidente que se trazan diversas estrategias: restar importancia a los temas humanísticos empoderando más el conocimiento en ciencias y tecnologías, disminuir las carreras de ciencias sociales, no realizar un proceso de familiarización con estas temáticas desde los primeras etapas de enseñanza o hacerlo de manera formal, no con una secuencia con la que se pueda apreciar una progresión en estos estudios (ello para los sectores sociales más humildes y hasta para los medios, pues a los sectores de un estatus económico, y sobre todo cultural, más alto si se les garantiza en su formación un conocimiento efectivo de los mismos). En otros casos los temas son seleccionados según la perspectiva ideológica de la sociedad o del sector social al que vayan dirigidos, entre muchas estrategias más.

A lo largo de la historia los llamados humanistas, y por tanto los temas relacionados con las humanidades, han tenido que batallar con los poderes establecidos, pues no siempre han valorado su presencia. Es otra invención creer que es hoy cuando se encuentran en crisis los

filósofos, los literatos, los políticos o los economistas. En distintas épocas muchos de estos humanistas fueron rechazados y sus obras, prohibidas, así fuera el escenario las mismas universidades, pues las ideas pedagógicas, filosóficas y políticas que planteaban asestaban duros golpes a las doctrinas que justificaban el poder y proponían nuevos horizontes para las sociedades de su tiempo. Alberto Magno, santo Tomás de Aquino, Tomás Moro, Galileo, Hobbes, Rousseau, Marx, Nietzsche, son ejemplos que muestran este panorama.

Del legado humanístico que no se debe olvidar

A partir del siglo XIII, en los inicios de las universidades medievales, comienza a gestarse en Europa un ambiente académico-cultural que será la fragua de un nuevo pensamiento que rescatará el legado clásico (Grecia y Roma), dando paso posteriormente al movimiento renacentista. Un primer momento de cambio se puede ubicar en la alta escolástica. Pensadores como Alberto Magno, Pedro Abelardo, Tomás de Aquino y Guillermo de Ockham fueron más allá de utilizar el pensamiento de Platón y Aristóteles para justificar los fundamentos de la Iglesia católica, se cuestionaban la relación y los límites entre razón y fe, provocando con ello disímiles polémicas dentro de la institución, y lo más importante, haciendo notar, todavía con elementos religiosos, que la razón era un medio liberador para el hombre.

Entre estas personalidades, sobresale el pensamiento de Santo Tomás, quien mostró una clara identificación con los conceptos aristotélicos. En el orden político expresó ideas progresistas para su tiempo, las cuales mostraban un horizonte diferente en relación con los fundamentos que justificaban el poder político para entonces y muchas de las cuales han pasado a la posteridad. Así, consideraba que la soberanía es patrimonio del pueblo, el poder de manera inmediata está en el pueblo que por naturaleza tiene inclinación a vivir en una sociedad organizada; para que ello se logre, cede este poder de decisión al monarca o príncipe. Por ello el gobernante, de manera mediata, ostenta el poder. De ahí que, según Santo Tomás, el gobernante esté encaminado a la búsqueda del bien común. Esta perspectiva fue inspiradora para los filósofos que siglos después perfilaron la

teoría del *contrato social*, como una nueva manera de demostrar el origen del poder político.

Como heredero del periodo anterior, a principios del siglo XIV aparecieron las primeras manifestaciones del humanismo en Italia, con las obras de escritores como Dante Alighieri, en cuyo texto, *La Divina Comedia*, ya se veían las nuevas ideas que iban en contra de los criterios de la Iglesia y a favor de la libertad de conciencia. Las nuevas expresiones artísticas, y los cambios económicos, sociales y políticos que se fueron dando en Europa perfilaron el gran movimiento cultural que estremeció la historia de la humanidad: el Renacimiento. En él, las obras de los escritores humanistas, expusieron las ideas burguesas sobre la vida y el papel del hombre en la sociedad, atacando las concepciones de la Iglesia y del sistema feudal. En esta época aparecieron los textos de nuevos pensadores que, como Erasmo de Rotterdam y Tomás Moro, señalaron críticas a la sociedad de entonces. También Maquiavelo, quien hablaba de las leyes y regularidades que explican los cambios políticos, y cómo se debe mantener y adquirir más poder.

Si el hombre era el principal ejecutor de las grandes transformaciones que se daban en ese momento (llegada de la imprenta a Europa, nuevos inventos tecnológicos, hallazgos científicos, el descubrimiento de América, entre otros), entonces el eje del mundo debía ser el hombre mismo, por lo que a partir de entonces la sociedad debía reconocer que el ser humano ocupaba un lugar fundamental.

Para finales del siglo XVII y durante el siglo XVIII tuvo lugar otro gran momento de cambio en la cultura universal: la Ilustración. La crisis de entonces repercutiría en las ideas de la época. Surgió así un movimiento filosófico que llegó a constituir una evolución definitiva en el pensamiento económico, político y social, el cual consideraba que el hombre podría llegar a dominar las fuerzas de la naturaleza, lo que constituiría la base fundamental del desarrollo de la sociedad. Esta filosofía humanista se caracterizó por las críticas al régimen feudal absolutista, el reconocimiento a la burguesía como sector social necesario para liderar los cambios y el enfrentamiento contra la Iglesia católica.

Entre los filósofos más destacados de este periodo se encontraban John Locke, Montesquieu, Voltaire, Diderot y Adam Smith, quienes

planteaban la aspiración de la gran burguesía. Este movimiento fue la expresión de una situación de crisis con amplísima connotación política. Dentro de las propuestas trascendentales de cambio se encontraban: fundamentar el origen del poder político por medio de la teoría del contrato o pacto social, cambio de la monarquía absoluta a una monarquía constitucional, la implementación de la tripartición de poderes como mecanismo necesario para el equilibrio estatal y limitante del Estado despótico, el ejercicio de la democracia representativa o de la democracia directa, y la defensa de los derechos naturales de libertad e igualdad jurídica. De este modo se fue conformando en parte de la sociedad europea una mentalidad más liberal.

El recuento histórico anterior muestra cómo el pensamiento humanístico y sus representantes siempre han confrontado diferentes poderes. Ello no impidió que estas propuestas rebasaran las fronteras del tiempo, las geográficas y las más difíciles de cambiar, las mentales. Hoy estas ideas forman parte de las actuales prácticas sociales, económicas y políticas. Por ello, es necesario apreciar el legado humanístico como conocimiento que permite tener una visión del mundo abarcadora, con la que el ser humano se sitúa en una sociedad globalizada sin renunciar a sus raíces y a las ideas primigenias que dan sustento a la realidad.

La universidad y las humanidades en el contexto actual

La educación, las universidades y en ellas las humanidades están regidas en la actualidad por modelos que impone el mundo globalizado, donde el equilibrio de poderes y el reconocimiento a la diversidad no son las características que distinguen el proceso. La globalización imperante es excluyente y se inspira más en la acumulación de riqueza para unos pocos y no en el impulso de los valores que humanizan a la persona. Ante este panorama, solo el reconocimiento real del pluralismo cultural y la apuesta por soluciones ingeniosas que permitan salvar la identidad de los países de menor poderío económico posibilitará que estos no se sometan al dominio de las culturas hegemónicas.

Las tendencias actuales de la educación superior responden a los patrones que orienta el mercado. En este contexto se presenta como

nuevo paradigma educativo, en el que los procesos educativos se complejizan por la rapidez con que se dan los cambios en la información y en los medios tecnológicos. Esta situación muestra un tránsito hacia nuevos modelos de enseñanza-aprendizaje.

En relación con la sociedad del conocimiento, Manuel Castells (2002) plantea que “se trata de una sociedad en la que las condiciones de generación de conocimiento y procesamiento de información han sido sustancialmente alteradas por una revolución tecnológica centrada en el procesamiento de información, la generación del conocimiento y las tecnologías de la información” (p. 1). El autor también valora cómo la sociedad del conocimiento está centrada en la capacidad de innovar y crear valor con velocidad sobre la base de la rápida actualización del conocimiento en diversos ámbitos por medio del aprendizaje.

Un papel significativo en este panorama se encuentra en los nuevos conceptos y posibilidades que ofrecen las tecnologías de la información y la comunicación (TIC), las tecnologías del aprendizaje y el conocimiento (TAC) y las tecnologías para el empoderamiento y la participación (TEP). Las TIC han permitido un tipo de educación que demandan estos tiempos. Ejemplo de ello es la educación virtual y a distancia que tiene una presencia significativa en casi todos los países. Para algunos expertos la educación superior se encuentra en un proceso de transición de la modalidad presencial a la virtual, lo importante es que en esta nueva perspectiva no se pierda la excelencia en la educación. John Daniel, exsubdirector general de educación de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco), quien es citado por López Segrera (2009) plantea con relación a esto que

[...] El uso de la televisión, la teleconferencia, los videos, y las formas más sofisticadas de *e-learning*, han dado en estas universidades una adecuada respuesta al eterno triángulo de acceso, calidad y costo. A su juicio, solo a través de las TIC se podrá enfrentar la expansión cuantitativa de la matrícula universitaria, en especial en los países del sur. (p. 8)

Otra situación a la que están avocadas las universidades actualmente es dar respuestas efectivas a disímiles funciones que demandan los mecanismos internacionales que evalúan a las instituciones de educación superior: interdisciplinariedad, procesos de enseñanza y procesos de aprendizaje, docencia, investigación, extensión social, sistema de aseguramiento de la calidad, internacionalización, entre otras funciones académicas y de gestión. Ello tiene una incidencia en el rigor académico de los distintos programas que ofertan las universidades. López Segrera (2009) da su punto de vista en relación con los paradigmas que están siguiendo las universidades hoy en día:

Por otra parte, es cada vez mayor el debate en torno a las universidades de categoría mundial (*World Class Universities*), en referencia a aquellas con una excelencia reconocida mundialmente (Yale, Harvard, Oxford, La Sorbona, Tokio...). Sin embargo, los países en desarrollo, en vez de emular para obtener indicadores, en ocasiones difíciles de alcanzar en sus condiciones específicas, deberían prestar más atención a un ideal de universidad que propulse el desarrollo sostenible de carácter autónomo. Más importante que tener los indicadores de las *World Class Universities*, o tener un premio Nobel, es garantizar la existencia de buenas escuelas de medicina y programas de formación de ingenieros agrónomos y educadores para lograr un nivel adecuado de capital humano y social, esto es, de recursos humanos en condición de generar desarrollo con equidad. (p. 10)

Las características explicadas anteriormente corresponden a la realidad que viven la mayoría de las universidades. Ante ello las humanidades muestran sus propias metamorfosis. Para el politólogo Atilio Borón (2006) la situación es poco alentadora:

[...] ¿Será posible concretar este proyecto de renovación del pensamiento crítico en el seno de la academia? Mi opinión, la opinión de un hombre formado desde muy joven en el mundo académico, es que no. Que la academia, es decir, las universidades y los centros de investigación regidos por el código de la academia, ha sufrido

un proceso involutivo que la ha tornado sumamente refractaria a todo pensamiento crítico, a toda heterodoxia, y que solo le permite asimilar y aceptar a quienes, con razón y mucha ironía, Alfonso Sastre denomina “intelectuales bienpensantes”. Es decir, gentes a las que jamás se les pasaría por la cabeza tener el atrevimiento de desafiar los saberes establecidos y los poderes que sobre ellos se levantan. El mundo de la academia —y las universidades son sus principales bastiones— es un mundo de “disciplinas” rígida y artificialmente separadas; de carreras que ofrecen conocimientos fragmentados y, por lo tanto, inútiles; de interminables evaluaciones de informes y proyectos a cargo de “pares” que valoran la tarea de sus colegas en función de estrechísimos criterios disciplinarios y burocráticos, y en no pocos casos esgrimiendo el instrumental del análisis de “costo-beneficio” como si este fuera un método adecuado para apreciar la fecundidad de un pensamiento. La academia se ha convertido en un gueto separado del resto de la vida social, en un mundo que no acepta como válido sino el estilo de trabajo y los contenidos que derivan del paradigma teórico-metodológico dominante [...].

Lo planteado por el profesor Atilio Borón es real, pero no por ello los convencidos de la necesidad del estudio de las humanidades podemos renunciar al estudio de las mismas, al espíritu crítico que de ellas se deriva y a la perspectiva de contagiar a colegas y estudiantes de la importancia de que estas temáticas formen parte de nuestras vidas. Relacionado con ello analiza López Segrera (2009):

No podemos ignorar que la hegemonía indiscriminada del mercado puede llevarnos a un punto de no retorno. Es necesario construir el futuro sin modelos rígidos, pero mediante la práctica de valores y principios incontestables como la democracia, la solidaridad, los derechos humanos, la preservación de la biodiversidad y todo aquello que contribuya a frenar las tendencias encaminadas a la destrucción del ser humano y de su hábitat. Solo como ruptura con el pensamiento único y con las tendencias dominantes el futuro

adquiere sentido, es decir, a través de construcciones alternativas a lo que es hegemónico hoy. (p. 12)

¿Cuáles son esas condiciones que no deben quedar a la sombra y que permitirían una mejor comprensión y provecho de las humanidades? Hoy los estudiantes ingresan a la educación superior con falencias en las temáticas propias de las humanidades. Las mismas forman parte de los currículos desde los primeros niveles de enseñanza (los estudiantes de primaria y bachillerato reciben Filosofía, Español, Ética, Religión, Democracia, entre otras), la dificultad radica en que no existe una continuidad escalonada de estas temáticas, con la que se demande, por parte de los planes de estudio y de las instituciones educativas, profundidad en el abordaje de las mismas.

La situación incide cuando los alumnos llegan a la Universidad, pues es sabido que los espacios académicos que abordan este tipo de temáticas son valorados como rellenos. No es lo mismo la motivación que pueda tener una persona para profundizar en un contenido que le es familiar, que ve como necesario, a uno que se asuma como una imposición y con el cual no se identifica. El estudio de las humanidades debe ser una pasión y como toda pasión debe ser cultivada.

En el libro *La civilización del espectáculo*, Mario Vargas Llosa (2012) trae a colación la valoración que hacen algunos autores en relación a qué entender como alta cultura. Se aprecia en el texto, cómo, para algunos autores, la alta cultura solo es posible para un sector de la sociedad, que por su origen de clase tiene acceso a la más exquisita educación desde los primeros años de la infancia, como si ello fuero un requisito *sine qua non*:

[...] La ingenua idea de que, a través de la educación, se puede transmitir la cultura a la totalidad de la sociedad, está destruyendo la “alta cultura”, pues la única manera de conseguir esa democratización universal de la cultura es empobreciéndola, volviéndola cada día más superficial. Así como la existencia de una élite es indispensable, según Eliot, a su concepción de “alta cultura”, también lo es que en una sociedad haya culturas regionales que nutran a la cultura nacional y, a la vez, que formen parte de

ella, existan con su propio perfil y gocen de cierta independencia [...]. (p. 52)

Pareciera que esta visión de privilegio fuera estimada por aquellos que deben decidir las políticas educativas en los países en vías de desarrollo, pues no se exige ni se invierte de igual manera en los distintos planteles educativos para favorecer el conocimiento en literatura, filosofía, historia, artes plásticas o música. Ello es limitar la humanización de la sociedad.

Otro tema que debe ser tenido en cuenta para el rescate con rigor de las humanidades es preguntarse cuáles son las motivaciones que animan a los profesores que imparten estas materias. Vemos, en algunos casos, que la repetición de conceptos o la narración de sucesos descontextualizados son vías utilizadas en los procesos de enseñanzas. Inevitablemente un contenido presentado sin referentes de causa y efecto desmotivará al más entusiasta de los estudiantes. El profesor de humanidades, como todo docente, debe actualizarse en su área de conocimiento y, además, mostrar compromiso con la realidad de su tiempo. El profesor Martín Emilio Camargo (2011) en relación con ello explica:

[...] ayer y hoy el trabajo recae sobre el maestro. Dicho trabajo es complejo pero posible. Para tal efecto se requiere de un *nuevo maestro universitario de humanidades*, que resignifique en la teoría y en la práctica a la universidad misma en relación con la sociedad, esto es, un maestro en constante actividad crítica, creativa y ética frente a problemas de fondo como la autonomía universitaria y las políticas educativas estatales, la libertad de cátedra y la investigación, el origen y sentido de la academia, etc., es decir, un maestro verdaderamente humanista [...]. (pp. 109-110)

La investigación es un aspecto a analizar en cualquier diálogo afín con la universidad, ella es la fuente nutricia de la academia. En relación con esta función sustantiva, los docentes que imparten humanidades, así como los demás docentes, viven una tensión entre tiempo y generación de nuevo conocimiento, pues se ven abocados a múltiples

responsabilidades que impiden de manera genuina el trabajo creativo, que aporte al mejoramiento real de los procesos docentes-educativos. En muchos casos, la repetición de lo ya dicho por otros autores se convierte en el mecanismo de escape ante las exigencias de entregas de los productos investigativos.

Los retos son muchos, pero el compromiso con las humanidades es vigente. Los humanistas de todos los tiempos se han enfrentados a los molinos. Sería sombrío un panorama donde estas temáticas se minimicen. Aquellos que no reconozcan la trascendencia de las mismas, ¿qué sociedad defenderán?, ¿en qué creerán?, ¿qué soñarán?

Bibliografía

- Borón, A. (2006). Las ciencias sociales en la era neoliberal: Entre la academia y el pensamiento crítico. *Tareas*, (122), recuperado de <https://urlzs.com/6Xzct>
- Camargo, M. (2011). Universidad y humanidades: La enseñanza de las humanidades en la universidad, un objeto histórico de saber y de poder. *Cuestiones de filosofía*, (13), 97-112.
- Castells, M. (2002). *La dimensión cultural de Internet*. Barcelona: Universitat Oberta de Catalunya. Recuperado de <https://is.gd/HzE4t8>
- López, F. (2009). Educación superior y sociedad del conocimiento: Tendencias actuales. *Revista Temas*, (57), 4-15.
- Martí, J. La escuela de la electricidad. *Centro de estudios Martinianos*. Recuperado de <https://is.gd/staw7D>.
- Poratti, A. (2006). Teoría y práctica políticas en Platón. En A. Boron (ed.), *La filosofía política clásica, de la Antigüedad al Renacimiento* (pp. 35-98). La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Vargas, M. (2012). *La civilización del espectáculo*. Madrid: Alfaguara.